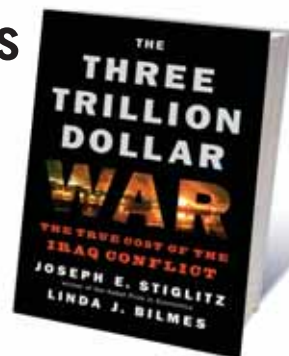


Joseph E. Stiglitz y Linda J. Bilmes

The Three Trillion Dollar War.

The true cost of the Iraq Conflict

W. W. Norton & Company, Nueva York, 2008, 311 págs



Luis Elizondo Belden

Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)

No hay guerras que sean baratas; la pérdida de vidas humanas no tiene precio. La llamada «Guerra Global contra el Terror», en la que Irak y Afganistán figuran como sus principales frentes, ha sido terriblemente dañina. Hasta ahora, el balance que ha arrojado ha sido negativo.

Un estudio de la Universidad de John Hopkins calcula que entre marzo de 2003 y junio de 2006 murieron aproximadamente 650 mil iraquíes a causa de la invasión. De acuerdo con un estudio más reciente, la cifra de iraquíes muertos sobrepasaba el millón (Opinion Research Business, 2007). A estos números, habría que añadir la muerte de los soldados estadounidenses, de las tropas de otros países, de las fuerzas de seguridad iraquíes, de los contratistas, de los periodistas y de los cooperantes y trabajadores humanitarios.

Conscientes de que el objeto de su estudio siempre estará a la sombra de la tragedia humana, los autores del libro *The Three Trillion Dollar War. The true cost of the Iraq Conflict*¹, Joseph E. Stiglitz, Premio Nobel de Economía (2001), y Linda J. Bilmes, catedrática de la Universidad de Harvard, se excusan por la aparente insensibilidad que podría implicar la especulación del coste financiero de la guerra de Irak. No obstante, y a pesar de esta condición secundaria, el tema no deja de ser importante.

En marzo de 2008 la guerra de Irak cumplió su quinto aniversario. Hace más de un año que sobrepasó en duración a la participación estadounidense en la Segunda Guerra Mundial. En términos económicos, la guerra de Irak es la segunda guerra más onerosa en la historia militar de Estados Unidos, sólo superada por la Segunda Guerra Mundial que supuso el despliegue de 16,3 millones de soldados. No obstante, si en la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos gastó anualmente menos de 100 mil dólares por soldado, hoy en Irak gasta más de 400 mil.

Partiendo del supuesto («realista») de que Estados Unidos reducirá sus tropas a 75 mil efectivos para 2012, Stiglitz y Bilmes estiman que el coste presupuestario de la guerra será de 2,655 billones de dólares, cifra que redondean en tres billones (es decir, 1,89

¹ Disponible en castellano con el título *La guerra de los tres billones de dólares. El verdadero coste del conflicto de Irak*, Ed. Taurus.

billones de euros). Esta estimación, sostienen los autores, es excesivamente optimista y probablemente se quede corta. Otro estudio, escrito por Anthony H. Cordesman, del *Center for Strategic and International Studies*, afirma que el coste de la guerra en Irak seguramente alcanzará los 3 billones de dólares (Cordesman, 2008, págs. 4 y 9). A estos 3 billones habría que añadir los costes sociales y macroeconómicos que correrán a cuenta de la sociedad estadounidense. Por último, no se podrían olvidar los costes sufridos por Irak y el resto del mundo, que prácticamente son imposibles de calcular.

El estudio de Stiglitz y Bilmes se desarrolla sobre la base de dos posibles escenarios: uno «optimista» y otro «realista». La proyección en ambas estimaciones contempla los costes de operación hasta 2017. La estimación optimista parte de la presunción de que las tropas estadounidenses en Irak y en Afganistán se reducirán a 180 mil soldados en 2008, luego a 75 mil en 2010 y finalmente, para 2012, a 55 mil soldados dedicados a tareas de mantenimiento de la paz. La estimación optimista supone que el coste por soldado se disminuirá a la mitad (200 mil dólares) conforme se transita a actividades de mantenimiento de la paz. Este supuesto prevé que para 2017 el número total de efectivos que habrán pasado por el teatro iraquí (desde 2003) será de 1,8 millones. Por su parte, el escenario realista, basado en las estimaciones de la Oficina Presupuestaria del Congreso, parte de la presunción de que las tropas se reducirán a 75 mil efectivos en 2012, y que continuarán las operaciones de combate, y por tanto, el coste por soldado se mantendrá (400 mil dólares por año). En este escenario, para 2017 el número total de soldados que habrán sido desplegadas en Irak será de 2,1 millones. Según la estimación optimista, el coste total de operaciones en Irak (2003-2017) será de 855 mil millones de dólares, mientras que la proyección realista estima los costes para el mismo período en 1,14 billones. Considerando que los propios autores argumentan que incluso la proyección realista podría ser una subestimación, el resto de las cifras de esta reseña se manejarán sobre la base de dicha proyección.

Hace doscientos años Benjamin Franklin advirtió: «[...] las guerras no se pagan durante el tiempo de guerra, la factura viene después». La premisa de Franklin reafirma su validez con la invasión de Irak. De los 3 billones de dólares proyectados por Stiglitz y Bilmes, sólo un tercio de esa cantidad sería gasto operativo (2003-2017). Las restantes dos terceras partes comprenden los costes del cuidado de los veteranos (630 mil millones de dólares), otros gastos militares (267 mil millones) y el pago de los intereses derivados de la financiación de la guerra (616 mil millones). Estos costes, sumados al gasto operativo de la estimación realista (1,14 billones), elevaría el coste total a 2,65 billones de dólares, cifra que los autores redondean en 3 billones.

Según el modelo realista, para 2017, 2,1 millones de soldados estadounidenses habrán pasado por el teatro iraquí. Las estadísticas actuales demuestran que la guerra de Irak está colocando a las tropas estadounidenses bajo una enorme presión. Si el ratio entre los heridos y fallecidos en la guerra de Vietnam era de 2,6 soldados lesionados por cada soldado muerto, el ratio en las guerras de Irak y de Afganistán es de siete heridos por cada soldado fallecido en combate. De incluir las muertes ocurridas fuera de combate el ratio sería de quince a uno. Hasta la fecha, más de 263 mil soldados (retor-

nados de Irak y Afganistán) han sido tratados en los centros médicos para los veteranos. Más de 100 mil han recibido tratamiento psicológico. A finales de 2007, alrededor de 67 mil había sufrido –distintos grados– de heridas, lesiones y/o enfermedades. Para finales de diciembre de 2007, 224 mil soldados habían solicitado compensaciones por discapacidad. El sistema de cuidado de los veteranos está saturado. El coste del cuidado médico por las heridas físicas y psicológicas, junto con las compensaciones por las discapacidades y los gastos de la seguridad social de los veteranos, será un peso fiscal que el contribuyente estadounidense tendrá que cargar por décadas. Stiglitz y Bilmes estiman que este coste será de 630 mil millones de dólares.

Los autores del libro argumentan que hay otros gastos militares que no forman parte del «presupuesto de la guerra», pero sí del presupuesto del Departamento de Defensa que están directamente relacionados con la guerra. Este fenómeno ayuda a reducir el coste aparente del conflicto. Por ejemplo, los salarios regulares de los efectivos en Irak, o el coste de reclutar nuevos soldados, se pagan desde el presupuesto regular de dicho departamento. En todo caso, resulta muy difícil saber con exactitud qué porcentaje del presupuesto del Pentágono es gastado en Irak. El hecho de que el Departamento de Defensa haya «suspendido» su auditoría por décimo año consecutivo ilustra esta dificultad. A estos gastos adicionales habría que añadir el coste que implicará la futura desmovilización del equipo militar, su renovación y el reabastecimiento del inventario de armamento. Estos gastos, exclusivamente relacionados con la guerra de Irak, ascenderán a 267 mil millones de dólares.

Finalmente, como último componente del coste presupuestario, está el pago de los intereses. Dado que no se establecieron nuevos impuestos –de hecho, se redujeron en beneficio de los estadounidenses de mayor renta–, parece razonable suponer, argumentan Stiglitz y Bilmes, que la mayor parte de los fondos para la guerra han sido financiados a crédito, incrementando por consiguiente la deuda federal presupuestaria. Tarde o temprano, este dinero tendrá que ser pagado. Los autores consideran que hay tres categorías de pagos: primera, el interés devengado a la fecha sobre el dinero que se ha tomado prestado; segunda, el interés que aún se debe por el crédito; y, tercera, el interés correspondiente a futuros préstamos. Para el final de 2008, las guerras en Irak y Afganistán habrán incrementado la deuda pública en más de 900 mil millones de dólares. Una parte del pago de la factura de la guerra recaerá en futuras generaciones. Como caricaturiza el economista estadounidense Paul Krugman, «George W. Bush es como aquel que te cuenta que te ha comprado para Navidad un televisor de último modelo, pero omite decir que lo ha pagado con tu tarjeta de crédito y que la usó también para comprar unas cosillas para él [...] al final llegará la factura y entonces el problema será tuyo, no suyo» (Krugman, 2003). Los autores concluyen que sólo la guerra de Irak costará al contribuyente estadounidense 616 mil millones en intereses.

La «Guerra Global contra el Terror» está resultando ser cara en todos los sentidos. A los 3 billones de dólares, habría que añadir unos estimados 840 mil millones por concepto de la guerra en Afganistán. Por otra parte, el libro explora algunos de los costes macroeconómicos para la economía estadounidense. Uno de ellos es el precio del pe-

tróleo. Al comienzo de la guerra el precio del barril rondaba los 25 dólares; al escribirse el libro el precio estaba por los 100; al momento de escribir esta reseña el barril supera los 140. La guerra en Irak ha tenido un efecto negativo sobre los precios de los hidrocarburos, sin embargo no ha sido el único factor de su incremento. Resulta difícil calcular qué porcentaje del alza del precio se debe a la guerra. Stiglitz y Bilmes hacen un cálculo cauteloso y sugieren que el precio del barril ha incrementado en 10 dólares exclusivamente a causa de la guerra. Por consiguiente, estiman que el impacto sobre la economía estadounidense por este incremento de 10 dólares por barril rondará los 800 mil millones para el período 2008-2016. Como parte de los costes macroeconómicos, incluyen el impacto producido como consecuencia de la reorientación del gasto público, el incremento del déficit, las retroalimentaciones mundiales, los efectos del lado de la oferta (no sólo derivados de la disminución en la inversión, sino también por una población activa privada de los que resultaron muertos o discapacitados) y el impacto en el crecimiento a largo plazo. Los autores calculan que estos gravámenes referidos a la economía estadounidense ascienden a 1,1 billones de dólares. Sumadas todas estas cifras, las proyecciones Stiglitz-Bilmes del coste de la «Guerra Global contra el Terror» (Irak y Afganistán), junto con sus efectos macroeconómicos, rondarían los 5,8 billones de dólares. Cifra, difícil de concebir, que equivaldría aproximadamente a cuatro veces el PIB de España en 2007.

La Administración de Bush no sólo fue engañosa respecto a la *casus belli* de su intervención, sino que también fue irresponsable respecto al coste de la guerra, que «vendió» como fácil y barata. Antes de la invasión, el ex secretario de Defensa Donald Rumsfeld declaró que la guerra costaría entre 50 y 60 mil millones de dólares, cantidad que hoy en día se gasta en tres meses de operaciones. Andrew Natsios, el entonces Administrador de la Agencia de Desarrollo Internacional de Estados Unidos (USAID), declaró que la reconstrucción de Irak ascendería a tan sólo 1.700 millones de dólares. Por su parte, Paul Wolfowitz llegó al extremo de decir que la reconstrucción posbélica de Irak sería totalmente autofinanciada por el petróleo iraquí.

Las cifras que maneja el libro son impresionantes y difíciles de comprender. Estados Unidos es uno de los países más ricos del planeta, y en términos estrictamente económicos se «puede permitir» este «error». Está claro que los estimados billones de dólares que costará la guerra no conducirán a su bancarrota. La cuestión no es si Estados Unidos puede permitirse este enorme gasto, sino, más bien, cuál ha sido el coste de oportunidad. ¿De qué otra forma se podría haber gastado el dinero? Con 1 billón de dólares se podrían haber construido ocho millones de viviendas sociales, con esta cantidad se podrían haber becado la carrera universitaria de 43 millones de estudiantes en universidades públicas. Con 3 billones Estados Unidos podría haber financiado su sistema de seguridad social para casi medio siglo. Con una fracción del estimado coste de la guerra podría haber cumplido su compromiso de destinar el 0,7% de su PIB a la ayuda al desarrollo, y así avanzar en el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Diez días de gastos militares en Irak (5 mil millones de dólares) equivalen a lo que Washington destina en todo un año en ayuda al desarrollo de África, el continente más

pobre del mundo. Con estas cantidades se podría haber mejorado la vida de millones de personas, que a su vez podría haber redundado en una mayor seguridad y bienestar. El coste de oportunidad es enorme. Finalmente, y desde una perspectiva más amplia, las necesidades financieras de la «Guerra Global contra el Terror» bien podrían ser un eslabón más en la larga cadena que une la irresponsabilidad fiscal de la Casa Blanca, los desequilibrios globales y la actual crisis económica mundial (véase Sanahuja, 2008).

La invasión de Irak no ha aportado mucho a la seguridad y al bienestar global, sino todo lo contrario. No había armas de destrucción masiva. Nunca hubo un vínculo entre Saddam Hussein y al-Qaeda. Al contrario de lo ocurrido hace cinco años, y como consecuencia de la invasión, el territorio iraquí ahora alberga redes terroristas. La ausencia de Hussein es un hecho positivo aislado; sin embargo, hoy los iraquíes viven peor que en 2003. El mercado de hidrocarburos es más inestable que hace cinco años. Se ha desatendido a Afganistán. Bin Laden sigue en paradero desconocido. Guantánamo y Abu Ghraib simbolizan el desprestigio internacional de la Administración de Bush, lo cual repercute en el estadounidense común. La invasión ha incrementado la inestabilidad en toda la región y el conflicto entre Israel y Palestina parece no tener fin. La seguridad global no ha mejorado, basta con recordar los atentados en Madrid, Londres y Bali, entre otros.

Entonces, ¿*Cui bono*? Los principales beneficiarios de la guerra han sido las compañías petroleras y los contratistas. Respecto a estos últimos, que forman parte de la llamada «industria privada de soluciones de estabilidad global», cabrían mencionar los ejemplos de la empresa de seguridad *Blackwater*, cuyas acciones incrementaron un 600% durante el período 2001-2006, o *Halliburton*, que en 2006 había facturado al Gobierno estadounidense 1.400 millones de dólares por sus servicios. Por las descomunales cantidades de dinero que fluyen hasta las arcas de los contratistas, la guerra en Irak bien podría ser considerada como la guerra más «privatizada» de la historia.

La publicación del libro no sólo coincide con el quinto aniversario de la guerra, sino también con el año electoral. Se publica en un momento en el cual tanto la guerra como la economía ocupan importantes espacios en el debate nacional de Estados Unidos. En este contexto, Stiglitz y Bilmes, quienes años atrás formaron parte de la Administración de Clinton, argumentan la necesidad de retirar las tropas. Advierten que, «si no se ordena una salida inmediata, la guerra de Irak se convertirá en la guerra del nuevo presidente [...] llegado ese momento, el riesgo de implicación creciente aparecerá de nuevo». El libro, sin duda, ha tenido un impacto en el debate nacional. Su mensaje es claro: aparte de innecesaria, la guerra de Irak costará mucho.

El libro, aprovechando el ciclo electoral, y de vocación divulgativa más que académica, se lee con bastante fluidez. En ocasiones sus ejemplos y cifras incluyen de manera conjunta a los conflictos de Irak y de Afganistán, lo que puede conducir a la confusión respecto a los costes de uno y de otro. En parte, lo anterior es reflejo del propio presupuesto. En este sentido, Cordesman critica la Administración de Bush por el hecho de que la mayoría de las fuentes oficiales no distinguen (a nivel presupuestario) la guerra de Irak de la de Afganistán, y ni una ni otra de la «Guerra Global contra el Te-

rror». Cordesman añade que los costes y el presupuesto de la guerra se convirtieron en un caos total bajo la dirección de Rumsfeld, situación que ha continuado con Gates (Cordesman, 2008, pág. 2). De cualquier forma, la estimación de Stiglitz y Bilmes debe ser vista como tal, y no como un presupuesto futuro de la guerra. En todo caso, tocará al tiempo auditar y juzgar la validez –con la propia metodología de libro– de las conclusiones de Stiglitz y Bilmes, las cuales consideran medidas.

Cifras aparte, la factura histórica y moral por las cientos de miles de muertes y por los enormes daños causados no tiene precio. El coste de la guerra, y el de sus consecuencias, lo terminaremos pagando todos, algunos con sangre y otros en impuestos. Todos –de alguna u otra forma– pagaremos sus efectos macroeconómicos junto con el aumento de la inseguridad global.

Referencias

- CORDESMAN, Anthony H. (2008): *The Cost of the Iraq War: CRS, GAO, CBO and DoD Estimates*. Center for Strategic and International Studies (CSIS), disponible en: http://www.csis.org/media/csis/pubs/080331_5yeariraqwar-cost.pdf.
- KRUGMAN, Paul (2003): «Cómo combatir a Bush en los impuestos», *El País*, 16 de noviembre.
- OPINION RESEARCH BUSINESS (2007): «More than 1,000,000 Iraqis murdered», Septiembre, disponible en: http://www.opinion.co.uk/Newsroom_details.aspx?NewsId=78.
- SANAHUJA, José Antonio (2008): «El desplome del dólar y la crisis de las finanzas globales: cambio estructural en el sistema internacional», en Mesa, M. (Coord.): *Escenarios en crisis: fracturas y pugnas en el sistema internacional. Anuario 2008-2009*. CEIPAZ, Ed. Icaria, Barcelona, págs. 85-103.